

pues estás en camino pasajero¹, que pongas mucha guarda en que los pasajeros de todas las prouincias, así estrangeros como naturales, nenguno sea maltratado, ni robado, ni agraviado en cosa ninguna; sino que en todos vuestros destritos tengais particular cuenta con amparar los mercaderes que andan al trato de Xoconochco y de Guatimala y de toda la tierra, porque estos son los que enriquecen y ennoblecen la tierra y dan de comer á los pobres y pueblos, y esto, so pena de la vida al que los maltratase y perjudicare, de lo qual dareis luego auiso á esta corte con toda la diligencia del mundo. Iten, el rey vuestro señor manda que á todos los que quisieren, de los forasteros, ir á morar á vuestras tierras, les deis tierras donde puedan morar y ennoblecer vuestra ciudad con gente forastera para que² en esa ciudad de Tepeaca quiere y es su voluntad que se haga un gran mercado, en el qual paren todos los mercaderes de la tierra que el tal dia señalado aportasen á ella y se allen en él, y que se vendan ricas mantas de todo género, y piedras, joyas y plumas de diuersos colores y oro y plata y de todos metales y cueros de diuersos animales, de leones, de tigres, de gatos monteses, cacao, bragueros ricos y cotaras, y esto es lo que os manda el rey nuestro señor *Monteguma*. Mirá que en ello no aya falta ni quiebra; y para questo mejor se cumpla, os quiere poner un gobernador de los señores mexicanos, al qual aueis de obedecer y tener en lugar de la real persona, el qual se llama *Coacuech*, y con esto os podeis ir en norabuena á vuestras tierras y ciudadés porque al rey no le podeis hablar.

Ellos agradeciendo con mucha umildad la honra que se les hacia en dalles allí aquel rico mercado, sobre lo qual llevaron mandato y poder para detener³ los mercaderes, para fundar su tianges y entablallo, segun la instruccion de *Tlacaetel*, se fueron á sus tierras lleuando consigo á su gobernador *Coacuech*, los quales fueron receuidos en Tepeaca muy bien, haciendo á su gobernador gran honra, dándole casas en que viuiese y tierras donde morase, le obedecian y reuerenciauan ni mas ni menos que al mesmo

¹ Muy transitado ó concurrido.

² Léase, porque.

³ Así en la copia; mas tal vez querria decir—"atender."

Rey de México, el qual¹ tenia gran cuidado de recoxer los tributos reales de ochenta á ochenta dias y enviallos á su rey, con lo qual quedaron los de Tepeaca contentos y pacíficos sin guerra ni contienda, y tampoco la tuvieran ni ningun daño se les hiciera, si lo que hicieron á la postre lo hicieran al principio, pidiendo á los mexicanos perdon y ofreciéndoles subjecion.

CAPÍTULO XIX.

De la discordia grande que se recreció entre los mexicanos y los guastecos de Tama-pachco y Xochpan y de Tzincoac, en que despues de auer peleado unos con otros, los guastecos fueron vencidos y muertos.

A los once años que auia que reinaua este rey, *Veuemonteguma*, el primero deste nombre, uvo grandes nieues, tantas y tan cotidianas, que dizque por las calles de todos los pueblos llegaua la nieve á la rodilla, de suerte que la gente, temerosa y desnuda, no parecian por los caminos ni calles hombre humano; la qual nieve turó en caer seis dias arreo, sin cesar, de la qual quedaron los montes y collados cubiertos por muchos dias. En este tiempo auia estado la nacion mexicana algo sosegada, pero como la quietud tura poco á los que la deseasen, vínoles nueva cómo los guastecos auian muerto y salteado á todos los mercaderes y tratantes que por aquella parte andauan, sin dexar hombre dellos, así de las demas prouincias como los de Mexico, y que luego en cometiendo el delito y mouido el rebellion, auian hecho en todos sus pueblos cinco cercas, una tras otra, de recias tapias para su defensa, reforçandose todo lo posible; dando muestras de que el matar los caminantes y mercaderes mexicanos y tezcucanos y á todos los de las demas prouincias, que siempre andauan en compañía, auia sido de propósito y por mostrar su valor y fuerças con los mexicanos, y por ver si podian ellos salir con alguna mas honra que los demas; lo qual era ya notorio disparaté y yerro, y tan sin tiempo,² que ya ningun es-

¹ El gobernador.

² ó fuera de sazón,

fuerço ni denuedo era bastante á los destruir, porque demas de ser ya gente sin número y valerosa, tanto que temblaua ya toda la tierra; dellos¹ tan exercitados en guerra, que los muchachos de muy poca edad se preciauan de ir á ella y presumian de traer presos y cativos á sus contrarios, y de propósito se exercitauan en trauajos de sufrir hambre, sed, desnudez y dormir por los suelos, é echarse á cuestras cargas muy pesadas para podello llevar quando la necesidad les compeliere, llegándose á los capitanes señalados para deprender dellos los modos y artes militares; no tratándose ya en México de otra cosa sino de cómo se auian de auer en las guerras. Tambien era ya engaño querer contender con ellos por tener las mas principales prouincias á su mandado y en su favor, pues á su voz salian dellas diez y doce mill hombres de guerra, todos muy bien adereçados, y si pedian veinte mill se los dauan, y si quarenta mil lo mesmo, conforme á lo que en sus contrarios sentian de valor y gente; y fueron tan poderosos, que çien mil hombres que quixesen poner en campo, los ponian con mucha facilidad con solo mandallo.

Oyda esta nueva de la rebelion de los guastecos y muerte de todos los mercaderes y pasajeros y que los auian despeñado de unas grandes barrancas, las quales nuevas truxeron los de Tulancingo, *Montequina* se lo agradeció y los mandó descansar y dar lo necesario. Luego el Rey mandó llamar á *Tlacaelel* que inuiase sus mensajeros á las prouincias de Tezcuco, Tacuba, Chalco, Xuchimilco y á todos los pueblos comarcanos, que pues la ynjuria auia sido comun, que la guerra fuese comun á todos, y que luego apercibiesen sus gentes y proveiesen de bastimentos para ella muy cumplidamente, con todo lo necesario de armas, tiendas y pertrechos de guerra que viesen era menester para su defensa. *Tlacaelel* despachó luego á todas las prouincias con toda diligencia á auisar de la determinacion del rey, lo qual oydo por los reyes de Tacuba y Tezcuco y por los señores de Chalco y Xuchimilco, Cuyuacan y Cuicuilauac, Culhuacan y Mezquique, dieron su respuesta, que les placia, los quales con toda voluntad lo mandaron y hicieron aperceuir las gentes y bastimentos, armas y tiendas con el cuidado que se les auia

¹ Es decir—"y ellos estaban tan ejercitados, etc."

encomendado. Oydo por *Tlacaelel* la diligencia que las ciudades y prouincias ponian en aperceuir y en hacer lo que estauan obligados, mandó á todos los capitanes que se aperciuesen y que saliesen luego de la ciudad, los quales empeçaron á salir con sus compañías y escuadrones para la Guasteca.

Luego que la gente empeçó á salir, los viejos superticiosos y amigos de inventar mil cirimonias, auian enseñado á las mugeres de los que iban á la guerra á hacer algunas superticiones, las quales hacian y turauan todo el tiempo que túraba la guerra, ó hasta que sus maridos voluian della; y eran estas primeramente, en señal de tristeza y luto, nunca desde aquel dia se labauan las caras y andauan con las caras muy sucias: lo segundo que hacian era levantarse á media noche y hacer lumbre, y en ardiendo que ardia la leña, salia á la calle y barria su pertenencia aquella hora: en acauando de barrer yba y bañáuase el cuerpo sin llegar el agua á la cara ni á la caueça: en auándose bañado, sentáuase á moler y hacia unas tortillas pequenitas esquinadas y otras como bollitos larguillos: luego molia un poco de mayz tostado y echáualo en una xicara onda y entráuase en un aposento, donde ellos tenian sus ydolos, que eran unas camarillas como usan agora para tener las ymágenes, que no seruián de otra cosa, como agora no sirve de mas. Estando en aquella cámara sacauan los huesos de los presos que su marido auia catinado en la guerra, y envoluiánlos en unos papeles y colgáuolos de las bigas, y luego tomaua un bracerero y echaua lumbre en él y ponía incienso en la lumbre y ponía el bracerero debaxo de los çancarrones y delante todos los demas ydolillos que tenian, que eran ynnumerables, y saumáuanlos, y mientras se quemaua el ençenso hacian esta oracion: Señor de todo lo criado, del cielo y de la tierra, del ayre y del sol, del agua, de la noche y del dia, aued piedad de vuestro siervo y de vuestra criatura, que va por esos montes y valles, llanos y quebradas, que os va ofreciendo su sudor y resuello; vuestra águila y tigre que sin descanso ni reposo trauaja en esta miserable vida en vuestro servicio. Ruegos, Señor, y suplicos que le presteys la vida por algun tiempo para que goçe deste mundo. Oyeme, Señor: Hecha esta oracion, tornáuansen á acostar, y en amaneciendo, antes que fuese bien de dia, tor-

náuase á levantar y á barrer toda la calle. Lo mesmo hacia á medio dia y lo mesmo á la ora que se pone el sol, lo qual, como he dicho, turaua todo el tiempo que sus maridos estauan en la guerra.

Llegado el ejército á la prouincia de Tulancingo, salieron los señores de aquella prouincia á receuir á los señores y principales del ejército, y haciéndoles la cortesía aquellos suelen, con mucha criança y reuerencia, los aposentaron en su ciudad y les dieron y proueyeron de todo lo necesario, en tanta abundancia que los mexicanos quedaron admirados y espantados de tantas diferencias de pan y de manjares de aues, como les dieron, de cacao y puchas. Luego los vistieron á todos y dieron sus mantas y bragueros curiosos y galanos, sus cotaras; finalmente, les hicieron muy solene fiesta y banquete, el qual concludo, los mexicanos rindieron las gracias y todos los demas señores de las prouincias, y mandólos que empeçasen á marchar las compañías muy en orden. Así se partió el ejército de Tulancingo y caminó hasta llegar á vista de los enemigos, donde empeçaron á hacer tiendas y xacales, cada prouincia y nacion por sí; y eran tantos, que hacian una grande y vistosa ciudad muy bien ordenada.

Puestos y armados los reales, uno de los viejos y valerosos capitanes hizo una plática á todo el ejército, diciendo: Valerosos soldados de todas las naciones y prouincias que aquí estais presentes; considerá y haçé quenta, despues que llegaste á este lugar y dexastes vuestro fogon y choça en que muy á vuestro contento viviades, que sois llegados al lugar donde, como quien pega fuego á un seco heruaçal, ó como el que nauaga, que arreuatados de las olas son quemados y undidos en el profundo: contemplá en este punto vuestra muerte y no considereis mas de que, pues dexais vuestros padres y madres, tios y tias y parientes, que ya no los aueis de ver mas, porque mirando bien á lo que venistes, ques á esta peligrosa guerra contra gente tirana y saluaje, muy estraña de nuestra nacion y modo de vivir, qué ay que dudar sino que el que se olvidare y menospreciare su coraçon y carne que morirá. Bien veis que no venistes á mercadear ni á buscar la vida, ni á recatear lo que en la otra ciudad comprastes, sino á morir ó vencer; por tanto, la flecha y el arco, la espada y la rodela, es la que os a de va-

ler en este dia. Encomendaos á ella y al valor de vuestro braço, que eso es lo que os a de salvar. Y vosotros, moços y muchachos, que queriendo usar de aquello para que fuistes criados y nacidos, os auis auenturado á venir á esta guerra, mirá no os ciegue vuestra niñez, queriendo hacer mas de lo que vuestra edad manda. Seguí á los experimentados en este menester; no os determineys de presto á entrar y salir; paraos primero, mirá como entran y salen vuestros capitanes y los soldados viejos; y al que le ayudare su auilidad y esfuerço, pruebe su ventura, y el que no, estese quedo y mire que para adelante le será necesario, pues este a de ser nuestro perpetuo oficio, y no será esta la primera ni la postrera guerra; y así considerá tambien que no son leones ni tigres ni demonios los que os an de combatir, ni tienen las bocas tan grandes que os an de tragar; que hombres de carne y hueso son como nosotros. Enojaos, haçé acatos¹ de ympaciencia: exasperá vuestros coraçones contra una gente que os a ynuriado y agrauiado, para que con enojo y ira procureys la vengança; porque si no os enojais y os encolerigais, no haceis nada, y si estays ya enojados, esfuerçaos y mostrá esfuerço y ánimo.

Acauada la plática, mandaron dar racion á todo el ejército y comer todo lo que uvieron menester. Despues de auer comido dixeron los capitanes á todas sus cuadrillas: mirá, soldados; si ESTANDO revueltos con nuestros enemigos, alguno errare en el tino de su escuadron, para esto manda *Tlacaelel* que se lleve una bandera de cada barrio, alta, con las armas del mesmo barrio, y que tengan todos cuenta de acudir allí tras aquella bandera y señal, y vayan apellidando³ el barrio de dónde es para que sean conocidos. Luego salieron los viejos que tenian oficios de ordenar la gente de guerra, que eran como maestros de campo, con sus bastones en las manos y unas cintas apretadas á la caueça y unas orejeras de concha, largas, y unos besotes en los lauios, muy bien armados, y empeçaron á componer la gente; y lo primero que hicieron fué tomar todos aquellos caualleros que ellos llamaban *cuachic*, que era una

1 Muestras ó señales.

2 Esto es, si no acertare á incorporarse en su escuadron, etc.

3 O repitiendo en alta voz el nombre del barrio, etc.